

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 7-9): *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir.*

Salmo (62, 2.3-4.5-6.8-9) *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12, 1-2): *No os amoldéis a este mundo.*

Evangelio (Mateo 16, 21-27): *Si alguno quiere venir, tome su cruz y me siga.*

Este momento de la historia humana está resultando conflictivo en muchas partes del mundo, con problemas irresolubles para muchas personas que carecen de lo básico, con dificultades de relación por su condición de género, su orientación sexual, por sus orígenes étnicos, o de raza, por su credo religioso, etc. A todos nos cuesta un montón vislumbrar señales que nos marquen caminos de salida y nos mantengan la esperanza de que hay luz al final del túnel.

Cada etapa de la historia humana tiene unos parámetros o formas de vivir que son los dominantes en cada rincón del planeta. Los nuestros, en la parte occidental de este mundo nuestro, los hemos analizado muchas veces y los percibimos en nuestra propia vida y en la vida de las personas con las que convivimos diariamente.

En el caminar nuestro de cada día, aparte de vivir lo que nos hemos propuesto individual y comunitariamente, hemos de afrontar lo que el profeta Jeremías le tocó en su tiempo: *«He sido a diario el hazmerreír, todo el mundo se burlaba de mí»*, sobre todo cuando nuestro estilo de vida contradice al que lleva la mayoría de la gente.

La fragilidad misma del profeta, que también coincide con la nuestra, hace que tenga la tentación de abandonar su misión, de ceder y pasarse a la de la mayoría. Nadie nos juzgará ni nos preguntará si el que nos ha seducido es el mundo o ha sido el Señor Jesús que nos ha buscado, seducido y nos está acompañando.

La tentación cobra mayor fuerza cuando se presenta como la solución de un problema que nos aqueja y ansiamos de corazón superar la dificultad. Ajustarnos al criterio de este mundo, pesar, medir y cotizar los valores que nos sacan de apuros, es algo que nos impide apreciar debidamente los valores del evangelio. Estos últimos son los que verdaderamente nos hacen reconocer el verdadero designio de Dios, su voluntad salvífica, la única que siempre es la mejor solución de nuestros problemas, porque nos ayuda a plantearlos sin fisuras engañosas.

Los proyectos de vida que hacemos para nosotros mismos o para otras personas, al comienzo de curso, están hechos para ganar, nunca para perder. Pero, poco a poco, vamos cayendo en la cuenta de que casi siempre se quedan a mitad, o se nos olvidan, o los reclamamos para otras gentes, o no contábamos con la debilidad y la falta de fuerzas si pretendemos andarlos solos. Siempre necesitamos a alguna persona a nuestro lado que nos lo recuerde, nos corrija y nos anime a continuar para adelante. Es Jesús el que va por delante de nosotros y nos bendice.

En las comunidades y en los grupos en los que nos movemos hablamos siempre de las personas y de los colectivos que nos han precedido. Gentes que han impulsado y recorrido proyectos y emprendimientos en los que se vivía ganando, unas veces, y otras perdiendo. *«Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará»*. Lo que ocurre es que no siempre sabemos discernir qué es lo bueno y qué es lo malo. El bien lo podemos calibrar si no sucumbimos ante el engaño y seducción que el maligno nos presenta confundiendo nuestra mente y debilitando así nuestra voluntad, que acaba sometiéndose a su criterio.

Para ello es necesario reforzar nuestra mente poniendo nuestra mirada y atención en aquellas cosas que ciertamente son expresión inequívoca del querer de Dios. Esas cosas no están expuestas sólo en el mundo sino en lo profundo de nuestro ser, allí donde anida el Espíritu Santo que se nos ha dado. Es por tanto en la oración y en nuestra actitud de silencio y escucha de la palabra divina donde podremos percibir esa luz que nos indique la fuerza renovadora capaz de afrontar y superar la seducción o rechazo de lo que nos inquieta.

Hasta tanto no tengamos el conocimiento o sabiduría, como dones del Espíritu, para discernir cual es la voluntad divina, nuestra mente seguirá valorando las cosas solamente según el criterio de este mundo y por tanto con su dimensión caduca, perecedera y desequilibrante. Esto no quiere decir que el criterio de este mundo sea malo, sino solamente que es insuficiente para calibrar el verdadero sentido y valor de las cosas y acontecimientos que constituyen nuestra existencia terrenal. Descubrir la necesidad de transformar nuestra mente, dándole una nueva visión, es abrirnos al desarrollo y crecimiento de todo nuestro ser y no conformarnos ni ajustarnos al criterio de este mundo, que intenta ofrecernos una alternativa al sufrimiento y aceptación de la cruz para conseguir un bienestar frágil y falaz.

El evangelio nos deja bien claro que no podemos eliminar la cruz de nuestra existencia. El mismo Jesús, que fue capaz de elogiar el reconocimiento que Pedro hizo de la identidad mesiánica de Cristo declarándole bienaventurado, reprochará a Pedro su resistencia a aceptar la pasión y muerte de su Maestro. La causa de esa resistencia de Pedro radica en que el Apóstol no piensa como Dios sino como los hombres; es decir ajusta sus juicios al criterio de este mundo y no al criterio de Dios que ilumina y renueva nuestra mente. Satanás, el príncipe de la mentira, es quien nos confunde y nos hace rechazar la cruz; Jesús en cambio, no nos engaña, sino que nos dice la verdad: para ser su discípulo, para caminar en la verdad, tenemos que cargar con la cruz siguiendo así sus pasos.

La promesa del Maligno es ganar y triunfar en el mundo; mientras que la alternativa de Jesús es menos seductora al poner en evidencia el gran riesgo que se corre de ganar todo el mundo y perder la vida.